

Maradona

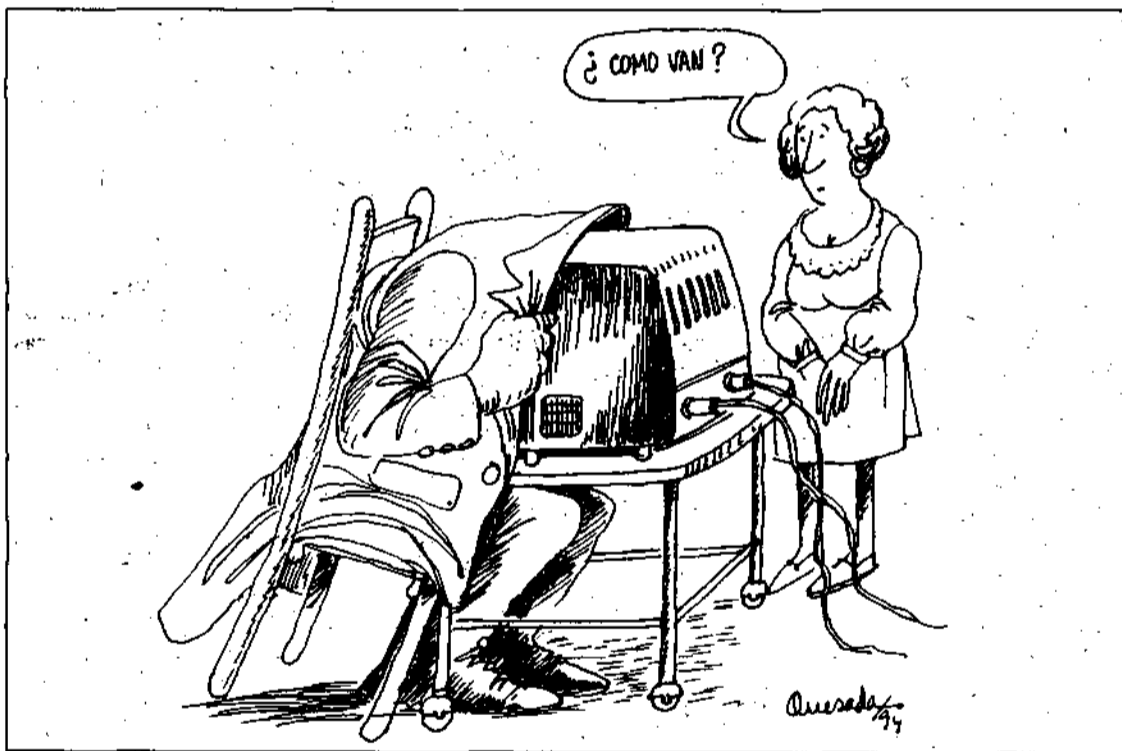
LUIS MEANA

En la parte inferior del cuerpo, este pibe tenía, en vez de un pie, algo así como un guante de seda. En este niño-dios se rompieron las principales leyes antropológicas: tenía en el pie la misma precisión que los mortales suelen tener en el ojo, y había nacido con más sensibilidad en la extremidad inferior izquierda de la que tienen los mortales en las yemas de los dedos. Lo que es una aberración de la naturaleza. Pero el arte es, precisamente, arte porque está hecho de esas aberraciones. Como pasa casi siempre, en ese don divino iba también la condena: su pie era todo su cerebro. Y así es bastante difícil andar por el universo, salvo que no se salga nunca de esa especie de antípodas que son los campos de fútbol, donde los pies se vuelven cabeza y las cabezas acaban siendo los pies. Si uno le miraba bien a las pupilas, en los ojos le cente-

lleaba la luz hiriente de la tragedia. Incluso en los instantes de mayor gloria parecía, como Jesse Owens, un caballo predestinado a acabar reventado en una cuneta. Llevaba, seguramente, demasiado medida en el alma la maldición peculiar del pibe callejero porteño: por un lado, la chulería de sentirse permanentemente necesitado de retar al mundo y, por otro, el miedo de ser arrollado por los grandes expresos de la historia. A ese atropello es al que venimos asistiendo desde hace tiempo. Estos hombres que tienen en el pie su cerebro nunca llegan a darse cuenta de que todo su equilibrio se sostiene sobre una ley de no-reciprocidad muy caprichosa: su excentricidad marcha bien mientras el pie logra convertirse en bandera de representación de un pueblo, pero se derrumba estrepitosamente cuando al pie se le acaba ese milagro. Los astros del fútbol se creen, como todas

las estrellas del cielo, inmortales. Sin que se den cuenta de que su divinidad dura sólo el tiempo que duren sus milagros. Y a este pibe, niño-dios porteño, hacía ya mucho tiempo que se le habían acabado los portentos. Ahora se metió en el cuerpo, una vez más, un cóctel de medicamentos porque quería resucitar el milagro de la primavera. Naturalmente, sin saber que la belleza es siempre un don demoníaco. Incluso futbolísticamente. El pibe vuelve ahora a su arrabal, del que, en realidad, nunca había salido. Esa cuneta de la historia, de la que se ha librado durante dos decenios, fintándola con golpes de gloria y de talento, llevaba veinte años esperándole con ese paciente sentido de la posesión y pertenencia que desarrollan las tragedias auténticas. Que saben que estos viajes siderales siempre son de ida y vuelta. Porque nadie puede permanecer, indefinidamente, en las estrellas.

Quesada



El porvenir es nuestro

MANUEL ALCÁNTARA

Nos las prometen muy felices. El hoy es regular, tirando a malo, pero el futuro va a ser esplendoroso. Hay que resistir, ya que sería una torpeza morirse cuando lleguen los buenos tiempos y la vida sea más fácil, después de haber atravesado tantas dificultades. Hay que resistir hasta que el PIB español crezca un 2,7 y hasta que se frene la destrucción de empleo. Si el ministro de Economía, Pedro Solbes, no miente, como la mayoría de sus colegas, o no se equivoca en sus cálculos, como casi todos ellos, no será necesario tener mucha paciencia: el panorama aclarará en 1995. La tierra prometida está a la vista, pero necesitamos no sólo ver para creer, sino pisar.

Tenemos que andar por esa tierra, después de tan larga travesía.

Nuestro porvenir está en las rodillas de los dioses económicos. El informe semestral de la OCDE sobre España es «moderadamente satisfactorio», aunque sitúa la recuperación de nuestro país por detrás de la recuperación de los países que compiten con nosotros. La verdad es que una verdadera recuperación económica sólo la han experimentado algunos compatriotas: Roldán, Rubio, De la Concha, De la Rosa y de la madre que lo parió. Por algo se empieza. Si el resto de los españoles, estimulados por sus ejemplos, empezamos a emular sus conductas, la recuperación económica tan largamente deseada será un hecho.

Aunque el desempleo permanezca estable —cosa que permitirá que no pierdan su trabajo los empleados del Inem—, la mejoría de la coyuntura económica nacional a partir del año que viene se va a notar mucho: no sólo en el incremento del PIB, sino en la demanda interna, en la producción industrial y en el descenso de la inflación.

Nos aguarda el futuro perfecto. Animo. Aunque los días transcurran lentamente para los que tienen sed de justicia y de otra, los años pasan de modo muy rápido para todos. A 1994 le queda justo un semestre y en el 95 van a nadar en la abundancia todos los que no se hayan ahogado antes. Ganas dan de decir ¡felices Pascuas! y entrar en el próspero año nuevo.

¿Quién mata a los mineros en la mina?

MANUEL ASUR



Tenía yo una ventana con una pequeña enredadera y un río que la cruzaba. A través de ella, todos los meses me llegaba un libro medio abierto cuyas páginas parecían las alas de un pájaro moribundo que brotase, como el río, del fondo misterioso de la tierra, de esa oscura tenaza sólo desafiada por espeleólogos, alimañas y mineros.

Fue un picador amigo, su sudor polvoriento, quien me procuraba el milagro porque yo no tenía dinero. Entonces él, todos los días de paga, con una pértiga que había atado a un bote, me depositaba un ejemplar entre los rizados de la enredadera, que me avisaba golpeando el cristal con sus largos dedos vegetales. ¿Escribirán libros las enredaderas? Se preguntaba mi candidez adolescente.

El tiempo vino a confirmarme. En Oviedo, las enredaderas escriben libros, pero no se tolera que les crezcan los dedos hasta las ventanas. En Oviedo, las más sensibles madreselvas han sido cercenadas por la subvencionada espada del mameluco oficial. En Oviedo, en sus cárceles intelectuales, las más altas y generosas, son cretinas y pequeñas.

En todos los libros de mi ventana relucían frases subrayadas que por la noche se tornaban fosforescentes. Ignoro cómo mi amigo minero se las arreglaba para combinar el duro puiso del martillo barrenero con la severa calma a que debe someterse quien desee perforar libros con el entendimiento. Y así, estrellarse contra la desnuda realidad tan terrible, a veces, como verdadera.

Entre las frases subrayadas, una me llamó poderosamente la atención: *Hay un silencioso decir que nada dice y sin embargo ordena*. Tardé mucho en comprender su crudo significado. En comprender cómo los dedos de la enredadera se iban quedando mustios, sin fuerza, lánguidos y blancos como la tristeza en el cuello de un cisne muerto, mientras se predicaba todo lo contrario. El Gobierno predicaba la libertad y se intentaba con ahínco amordazar a los periodistas lúcidos y críticos. Se predicaba el aumento del producto interior bruto, pero no crecía hacia la progresiva mendicidad. Aumentaron los caudales, pero los puentes seguían rotos.

A mi amigo picador le sucedió lo mismo. Trabajaba en una galería de prédica muy segura cuando un derrame lo mató. Los ingenieros, responsables de la seguridad, habían sido advertidos del peligro.

Pero contestaron con el silencio, con ese silencio que nada dice pero que ordena. Ahí tenéis el cadáver —les dije—, ¿acaso coleccionáis cráneos machacados de mineros para exponerlos con orgullo y honra en las paredes de la oficina? ¿Cuántos mineros han de morir aún para que prevalezca la vida frente al requisito burocrático? ¿Cuántos mineros han de morir para que en los gabinetes se imponga el orden de la mina y no en la mina el orden de los gabinetes? ¿Cuántos mineros han de morir para que sean ellos mismos quienes administren su propia seguridad y la burocracia administre la suya en otra parte?

¿Quién organiza el silencio de la muerte? ¿Quién ese espeso vacío alimentado con la sórdida norma y la indiferencia de quien debe terminar con ella? ¿Quién mató el día 26 de mayo, en el pozo «María Luisa», al picador Sergio Trigo Torres y al posteador Angel García García? ¿Acaso el defecto de las lonas? ¿Tal vez la mala ventilación? ¿Los inadecuados frenos de las mampostas? ¿Por ventura, alguien se lo cree?

Los mató la organización burocrática con su muñón de oficinas políticas. Su eterno retraso estructural que es su espíritu paralizante, espléndido en las vistosas mayúsculas, mortífero en las humildes letrillas. He aquí la nueva reserva espiritual. Antes el misal, ahora el expediente. Lo mismo es una piara de patriarcas que un consejo de ministros. En España, llegará un día en que sólo tendremos para comer archivos, papeles y reglamentos porque ya no quedan palafreneros que devorar. Se persigue a los mejores propagando que son los peores. Se persigue al pensador independiente y se destierra la filosofía de las aulas, se glorifica la mediocridad y se ladra y se aulla en nombre del equilibrio institucional. Mientras, aún mueren mineros aplastados por estructuras arcaicas, cutres, barnizadas con el desprecio de quien aprovecha la gran perola europea para mezclar sangre y sopa, y servirnos, como a señores, comidas de sapo.

En mi ventana ya no aparecen libros porque a las enredaderas no les crecen los dedos. Porque las rosas han muerto mientras esperaban permiso para florecer. Sólo me queda el río. Su rumor indescifrable, sereno, dulce. Y nadie va a llamar, nunca más, al cristal de mi ventana, pues *hay un silencioso decir que nada dice y sin embargo ordena*.